



Michel Kamanzi, SJ. Una identidad que cambia, se mueve y busca



Julio Boffano, SJ.¹

Michel (ruandés nacido en el Congo) recibe al periodista de Vidimus Dominum en el Colegio del Jesús (los jesuitas) en Roma. Para llegar hasta su habitación, hay que subir una montaña de escaleras. Mientras se sube, puede verse a otros muchos jóvenes jesuitas de diversas nacionalidades: unos saludan, otros llevan prisa. Michel sonríe siempre, es tranquilo y seguro. Su habitación habla de él: acogedora, fotografías, recuerdos, colores varios, símbolos religiosos, libros, ordenador, y la música casi nostálgica. Michel se piensa las respuestas, pero responde a todo. A veces se conmueve con algunos recuerdos dolorosos; al hablar con un tono de voz muy sereno nos hace sentir por qué es un joven en camino...

¹ Testimonios de vida Marzo 2002

Semblanza:

26 años, desde hace 4 en la Compañía de Jesús, estudia Ciencias Sociales en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma y cree que eso le podrá ayudar a ayudar a los demás, y a relacionar sus estudios con los problemas de la gente. Ejerce su apostolado en el Movimiento Cuarto Mundo en un edificio del ayuntamiento de Roma con personas sin trabajo y sin posibilidad de estudiar. En general son italianos; y Miguel, junto con otros, intenta transmitir algunos valores mediante la cultura de los libros para niños en un servicio que llaman "biblioteca de calle".

Le gusta la música, cantar y danzar: claro que, cuando preguntó una vez "¿dónde se puede danzar en Roma?", en seguida comprendió que había entrado en otra cultura. Aunque no le ha costado adaptarse a los ritmos litúrgicos romanos, opina que no estaría mal un poco de novedad en la forma litúrgica.

"Nací en Kinshasa, en el Congo, pero soy de origen ruandés", - explica Michel-. Sus padres vivían desde hacía años en el Congo a causa de los problemas que hubo en Ruanda ...

"De hecho -explica Michel- mi familia se instaló muy bien en Kinshasa; mi padre tenía un buen trabajo hasta el año 1996, cuando tuvimos que abandonar de la noche a la mañana el país y desplazarnos a Ruanda.

Tú ¿cómo te ves, congoleño o ruandés?

De niño me sentía siempre congoleño, aunque en la escuela me decían que no era del Congo, porque físicamente era distinto de los demás. Cuando me decían que era extranjero, no lo aceptaba, y para mí era una herida.

Poco a poco comencé a comprender mejor la diferencia y a tener más informaciones sobre Ruanda. Eso en coincidencia con el periodo de la guerra en la década de los 90, cuando era algo mayor.

Hoy me siento más ruandés, aunque muchos de mis mejores amigos son del Congo, ya que en realidad allí he nacido y vivido.

Mi familia hablaba poco de Ruanda, pero a decir verdad algunas cosas he logrado conocerlas igualmente.

Después ¿llegó la guerra?

Así es. En 1996 comienza la guerra en el este del Congo; los que la hacían estaban apoyados por los ruandeses. Como reacción, algunos congoleños atacaron a los ruandeses que estábamos en Kinshasa; y así nos atacaron también a nosotros, destruyendo nuestra casa y todo lo que teníamos. Nos dejaron marchar a Ruanda, sin llevarnos nada. Fuimos prófugos y más tarde llegamos a Ruanda para comenzar de cero.

El recuerdo más duro:

La tarde en que apresaron a mi padre. Yo me encontraba regresando a casa y me dijeron que estaban los militares. Me escondí detrás de un contenedor y vi aquella escena, difícil de olvidar. Además de las imágenes, lo más duro fue ver a toda la gente, a nuestros vecinos, amigos, personas que nos conocían de toda la vida, contentos por lo que nos sucedía; y, a decir verdad, yo no podía entender nada y me quedé solo, muy herido. Con el tiempo uno es capaz de comprender que la ideología y la guerra pueden causarnos tanto mal y no darnos cuenta de que, en general, los inocentes son los que sufren.

¿Qué más has aprendido?

No apegarme a las cosas y a las personas: a mí esto me ha costado mucho, pero me ha liberado. Nosotros teníamos muchas riquezas en Kinshasa; yo era uno que todos los días me vestía elegantemente. Prácticamente cada uno teníamos una casa, que para nosotros constituía una auténtica seguridad material. Cuando nos echaron, estuve durante dos meses con la misma camisa, y para mí fue ésa la experiencia para relativizar el valor de los bienes materiales y aprender que hay otras cosas más importantes. Y esto también con las personas, pues de un día para otro me encontré aislado, solo con la familia; y he de decir que entre nosotros -con mis hermanos y mis padres- surgió una relación muy fuerte.

La búsqueda de la vocación religiosa:

Dicen que de pequeño celebraba la misa para jugar y daba patatas como comunión. Hoy habría sido un hereje. Michel se ríe con mucha calma, como si nada pudiese turbarlo.

Terminada la escuela, el deseo vocacional volvió con más fuerza y comencé a buscar en diferentes congregaciones, tenía 18 años.

En Kinshasa hay muchas propuestas y muchos hacen un poco de marketing, pero no de buena calidad; así, pues, esto no me gustaba mucho y opté por ingresar en una pequeña congregación para hacer una prueba de un año.

La motivación principal fue la dedicación de los religiosos que conocí en la ciudad; estaban muy disponibles para las personas necesitadas: excepto en la hora de la siesta, claro. Y ésta es hoy mi principal motivación: poder dedicarme a las personas que tienen necesidad.

Lo más hermoso de su camino religioso fueron los ejercicios ignacianos y una experiencia de trabajo apostólico con los niños huérfanos cuando estaba en el noviciado.

Lo más difícil fue cierta vida comunitaria en la que no se sintió aceptado por diversos motivos, incluso quizás étnicos: a veces la cultura es más fuerte que nuestras convicciones.

En cuanto a la vida religiosa en general, pienso que existe un conflicto entre ideales y motivaciones: uno no siempre logra realizarse. En nuestra generación, por ejemplo, la forma de buscar un camino y el gran esfuerzo que nos supone encontrarlo nos hace captar este dilema.

En Roma:

Una de las cosas más importantes, aquí en Roma, ha sido el contacto con los compañeros congoleños que me han ayudado a comprender qué se siente desde la otra parte; también ellos tienen una motivación y grandes sufrimientos por causa de esta guerra que todavía continúa.

Crear que es posible tener amigos en la Compañía y vivir una determinada vida comunitaria, me hace sentirme libre sin presiones, lo cual me lleva a ver las cosas de un modo nuevo.

Ciudadano del mundo:

En Ruanda parece un típico ruandés por su comportamiento, pero no habla como ellos. Tampoco en el Congo, donde nació, lo consideran congoleño. Por tanto se siente un poco de todos los sitios.

En el Congo le decían que hablaba poco, pues, en efecto, los ruandeses son más bien reservados. Ahora en Ruanda dicen que habla demasiado. Michel se ríe de estas cosas, pero efectivamente han marcado su identidad.

Con Dios:

La relación con Dios la cuido mucho más que todo lo demás. He estado muchas veces en crisis con Dios, sobre todo cuando me he sentido abandonado; pero después, gracias también a esta crisis, he descubierto cómo me ha llevado y guiado Dios en la situación más difícil de mi vida.

Sueños:

Ser jesuita en mi tierra enseñando a las personas que tienen pocas posibilidades. Me agradaría trabajar con los huérfanos, pues los hay muy numerosos por causa de la guerra. Y me gustaría construir un centro para disminuidos.

¡Suerte, Michel!

[Tomado de Dirección Electrónica:

<http://www.lasalle.org.ar/INFO/testimonio/cambiamuevebusca.htm>]